

ENRIQUE ALEJANDRE TORIJA

El movimiento obrero en Guadalajara (1868-1939)Madrid, Fundación Federico Engels, 2008, 300 pp.
ISBN: 978-84-96276-52-9

En un momento en que la Historia del Movimiento Obrero no pasa por sus mejores momentos aparece esta obra, a la que podemos otorgar el gran mérito de estar dedicada a una zona que siempre ha desempeñado un papel marginal dentro del Movimiento Obrero español y, quizás por esta situación marginal, ha merecido un escaso interés por parte de los historiadores, si a ello añadimos la represión directa del franquismo hacia los sectores que se oponían a su «orden social», que llevaría a la desaparición física de muchos de sus oponentes, y provocaría el miedo a recordar públicamente estas luchas; y la fuerte emigración que ha sufrido la provincia ante la falta de desarrollo económico durante la dictadura, lo cual no deja de ser otra forma de represión, han hecho que el recuerdo de estos movimientos anteriores a la Guerra Civil corrieran el riesgo de desaparecer de la memoria de la colectividad.

El autor no es historiador, sino una persona interesada en las investigaciones históricas, quizás ello le ha llevado a dejarse en ocasiones arrastrar por sus convicciones ideológicas más allá de lo razonable, a este respecto es significativo el capítulo dedicado a la Guerra Civil, sin duda el más flojo de la obra, en el que se deja arrastrar por una serie de tópicos para explicar la evolución del conflicto y la derrota del bando republicano. Aunque no deja de señalar aspectos propios de la provincia, es interesante, por ejemplo, la forma en que los obreros administraron una finca expropiada al conde de Romanones, al parecer de una forma tan eficaz que tras el fin de la contienda representantes del conde buscaron al líder de los obreros para ofrecerle el cargo de administrador.

En otros momentos el autor hace un uso demasiado minucioso de acontecimientos que,

personalmente no creo que lo merecieran, como el relato de la inauguración de la «Casa del Pueblo». No obstante en su conjunto la obra se caracteriza por un estudio minucioso de los acontecimientos, y de la evolución de las diferentes corrientes del movimiento obrero, de manera especial la familia socialista, que en realidad ante la debilidad del anarquismo en la provincia era la única existente durante una parte importante del período a que se refiere la obra.

Aunque no solamente es una Historia del Movimiento Obrero, sino también un estudio sobre las condiciones de vida de diversos sectores obreros, como los campesinos, los mineros de Hiendelaencia, o los gancheros de río Tajo. Para ello, aunque utiliza documentación de diversos archivos, la fuente principal es la prensa de la época, quizás la única disponible para el estudio de estos acontecimientos, aunque también cabe preguntarse: ¿hasta qué punto los dos tipos de prensa utilizados por el autor, la provincial y la de los diferentes grupos políticos puede ser utilizada como fuente sin contrastar para el estudio de la época?

Pese a estos posibles defectos nos encontramos ante una obra que hace una recapitulación muy detallada de una época y de unos hechos a los que el régimen franquista parecía haber conducido al memoricidio en su afán de presentar un espacio y una época de casi completa paz social solo alterada por supuestas conspiraciones de elementos «revoltosos», frente a ello el autor saca a la luz la lucha de unos habitantes dispuestos a pelear por mejorar sus condiciones de vida siempre que las circunstancias sociopolíticas se lo permitieron.

Y es que es en los espacios de la microhistoria donde más peligro hay de que se produzca este olvido; así, ni el franquismo fue capaz de eliminar a los líderes nacionales del socialismo, como Pablo Iglesias de los manuales de Historia, pero los dirigentes provinciales del socialismo, y de los demás grupos del movimiento obrero, prácticamente han desaparecido del recuerdo

de las gentes, sin que ninguno de los lugares de la memoria, como nombres de las calles o monumentos los recuerden. Rescatar a estos militantes provinciales del olvido, y demostrar que en la provincia existían más protagonistas que el conde de Romanones o la condesa de La Vega del Pozo es uno de los grandes méritos de esta obra; pero no sólo ocurre con los militantes de las organizaciones de izquierda sino con otros personajes que ocuparon cargos gubernamentales y algunos han ocupado lugares de la memoria, como por ejemplo dar su nombre a una calle. Pero aunque estén presentes en la vida actual de esta manera el recuerdo biográfico del personaje ha desaparecido de la memoria de las gentes. Y aun se puede hablar del caso de personajes que de una forma vaga han permanecido en la memoria colectiva de algunos grupos sociales, esta obra les devuelve a todos su carácter de históricos.

Además, el autor no se ha limitado a los acontecimientos en la capital, sino que ha estudiado los hechos en diferentes localidades de la provincia, y se ha ocupado del sector minero y señalando como la primera huelga de la provincia, la primera conocida, que no tuvo lugar en la capital sino en el municipio de Brihuega. De otro lado, el autor utiliza un recurso que solo la microhistoria permite: situar la historia en marcos geográficos muy determinados, como calles concretas, lo que ayuda a un acercamiento de tipo afectivo a los acontecimientos que se desarrollan en el libro.

También permite el estudio de las continuidades colectivas. Así en la obra se narra cómo los habitantes de un barrio marginal de la ciudad toman el ayuntamiento tras el triunfo del Frente Popular y nombran un alcalde que les hace una serie de promesas sobre la mejora de sus condiciones de vida. Cuando unos treinta años después los habitantes de ese barrio comienzan a movilizarse contra el franquismo, también en lucha para conseguir mejorar sus condiciones de vida, probablemente sin tener memoria del acontecimiento anterior, sus reivindicaciones

serán las mismas que las realizadas treinta años antes. De esta manera esta obra contribuye a recuperar la historia y la memoria de un territorio y unos grupos tradicionalmente olvidados por la historiografía; el obrero sigue teniendo quien le escriba, y Guadalajara también.

Félix Hernández

ALEJANDRO QUIROGA

Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera

Granada, Comares, 2006, 154 pp.

ISBN: 978-84-98362-11-4

Alejandro Quiroga es profesor de Historia de Europa en el Reino Unido, en concreto en la School of Historical Studies de la University of Newcastle. Entre sus principales líneas de investigación se encuentran el estudio del nacionalismo, el fascismo y el pensamiento conservador en España durante el siglo XX. Es autor de varias monografías, entre las más recientes: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas durante la Dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930* (2008) y, en colaboración con S. Balfour, *España reinventada. Nación e identidad desde la Transición* (2007).

La obra que aquí se comenta se estructura en cinco capítulos, además de una introducción y unas conclusiones breves. Sin duda, uno de los principales méritos del trabajo está en su capacidad para tratar, e interrelacionar con habilidad y coherencia, lo particular con lo general, es decir, el análisis del pensamiento de José Pemartín, su biografía intelectual —se echa algo en falta su contexto familiar/social— y su dimensión de ideólogo de la Dictadura, con la presentación de algunos de los componentes ideológicos y proyectos políticos que permiten definir la naturaleza del régimen de Primo. En este sentido, se pueden diferenciar con claridad dos partes en la organización interna del libro. Por un lado, los capítulos 2 y 3, dedicados al análisis de los principios político-filosóficos en

la base del pensamiento pemartiniano, su inserción en las corrientes filosóficas europeas del momento y la identificación de sus influencias intelectuales de referencia, tanto entre las filas del tradicionalismo decimonónico español (Balmes, Vázquez de Mella, Menéndez Pidal...) como entre sus coetáneos (Spengler, Bergson u Ortega y Gasset...).

El segundo gran bloque, sin perder nunca de vista el pensamiento y la obra de Pemartín, así como los posicionamientos concretos de éste con respecto a las cuestiones que el autor va planteando, ofrece una perspectiva más global, que permite entrar en algunos de los grandes temas que respecto a la Dictadura del general Primo de Rivera ha venido discutiendo la historiografía española: el intento de poner en práctica un modelo de sociedad corporativa, el desprecio por los principios, la tradición y las instituciones liberales, la peculiar apuesta del régimen por la movilización y nacionalización de las masas, sus principales estructuras institucionales, el intervencionismo estatal, las relaciones con el fascismo italiano...

Si bien el nivel de interés de la obra no decae en ningún momento, los capítulos más densos y sugerentes, tal vez también más originales, sean el segundo: «Coordenadas ideológicas», y el tercero: «La idea de España», que coinciden con lo que más arriba se ha denominado «biografía intelectual» de Pemartín. En el capítulo segundo Quiroga desarrolla una de las ideas-fuerza de la obra, la definición del pensamiento pemartiniano como una síntesis entre el tradicionalismo español, con la centralidad del ingrediente católico, y la «modernidad», entendida por el intelectual gaditano como progreso científico, tecnológico, eficiencia organizativa del Estado... Todo ello bien aliñado con las por entonces tan influyentes corrientes irracionistas en el pensamiento europeo del momento. Este segundo elemento permite aproximar a Pemartín al corpus doctrinario fascista. De modo que, en palabras del autor, el pensamiento pemartiniano sería una síntesis entre un tradicionalismo español algo

remozado (actualizado) y las diferentes manifestaciones del discurso fascista en la Europa de la década de 1920. Pemartín representa, entonces, una «vía tradicionalista al fascismo» que, siendo ya más que evidente en los años veinte, se va a ir decantando progresivamente. En cierto sentido, creo que se podría afirmar que Pemartín se va, él mismo, «fascistizando», como demuestra su apuesta por un modelo de Estado fuertemente intervencionista, en el borde de lo totalitario.

En cuanto a la idea de España (cap. 3), partiendo de una concepción de la Historia cíclica y providencialista, los componentes esenciales de la nación serían dos: la religión católica, que constituye la propia esencia de la nación; y la monarquía, como única forma política sobre la que es posible construir la nación española. Este concepto de nación, tomado de diferentes pensadores de la derecha reaccionaria del siglo XIX, se va complementando con toda otra serie de características atribuidas a la nación española y que tampoco son originales: la idea organicista de nación, de origen romántico; la de «regeneración nacional» o el tan polivalente y maleable concepto de anti-España.

En realidad, del análisis de Alejandro Quiroga se desprende la conclusión de que, más que un intelectual con un sistema de ideas novedoso, Pemartín es un glosador o vulgarizador del tradicionalismo español del siglo XIX, suficientemente buen conocedor del panorama intelectual europeo del primer tercio del siglo XX, como para lavar la cara de aquel y presentar un producto en apariencia más fresco.

De entre los temas propuestos en la segunda parte de la obra (caps. 4 y 5) uno de los más relevantes sería el problema de la «movilización» y «nacionalización de las masas» pretendida por la Dictadura y teorizada, entre otros, por el biografiado. En su interpretación, con la que concuerdo casi por entero, Quiroga emplea el término «manipulación de las masas» para calificar la movilización impulsada por la Dictadura de Primo de Rivera. Efectivamente, este tipo de movilización instrumental, a veces

coactiva y más o menos episódica, emparenta al régimen de Primo con otras dictaduras fascistas y nacional-autoritarias de la Europa de entreguerras, tal y como explica el autor. Hay que destacar, el componente de control social que este tipo de movilización política *sui generis* conlleva. Sin embargo, la movilización política que la Dictadura trató de promover, por medio de la Unión Patriótica, por muy pautada y dirigida a las clases medias que esta fuese, no dejaba de ser en buena medida contradictoria con sus propias esencias ideológicas elitistas, antiliberales, corporativas y fuertemente antidemocráticas. Esto en sí mismo no es una novedad, sin embargo, cabe preguntarse hasta qué punto hubiera sido conveniente para la Dictadura de Primo una movilización (y socialización) política exitosa, prolongada y amplia en un país con una presión casi incontenible por parte de aquellos sectores sociales excluidos de los derechos políticos. Por otra parte, incluso en los ejemplos históricos más logrados, como el fascismo italiano, la generación de actitudes de consentimiento a través del estímulo de la movilización política adopta tener una fecha de caducidad relativamente temprana.

Un segundo asunto importante es el de las funciones del Estado en el ideario pemartiniano y en la propia praxis política de la Dictadura. El reforzamiento de la presencia del Estado en todos los ámbitos de la vida social (proteccionismo económico, tendencia a la intervención en el campo educativo, aniquilación de la división de poderes, promoción de la política de obras públicas...) no se puede desvincular de una deriva totalitaria que provocaría la erosión de algunos de los apoyos fundamentales del régimen, agredidos en sus propias parcelas de poder. Resulta muy interesante el concepto de «solidaridad nacional», que no es sólo coherente con el paradigma corporativo de la «tercera vía» como expediente para la eliminación de la lucha de clases. Tendría mucho sentido poner en relación (saber en qué se parecen y qué los distancia) este concepto de «solidaridad

nacional» con la doctrina social de la Iglesia e incluso con el posterior ideal falangista de «justicia social».

La segunda gran tesis del libro de Alejandro Quiroga tiene que ver con la identificación, en la Dictadura de Primo de Rivera —y en las teorizaciones de Pemartín— tanto de un sustrato ideológico como de numerosas políticas específicas que después retomará el franquismo: el antiliberalismo, el antisemitismo, la exaltación del papel salvador del ejército, la concepción providencialista de la Historia, los conceptos de regeneración y de anti-España, con su carga de purificación espiritual de la nación, la apuesta por lo tecnocrático, las semejanzas entre el modelo de partido único representado por la Unión Patriótica y el Movimiento Nacional y entre la Asamblea Nacional y las Cortes franquistas, el proteccionismo económico... y un largo etcétera.

Sin embargo, el elemento de continuidad en el que más énfasis hace el autor tiene que ver con la consideración del pensamiento de José Pemartín como un anticipo del nacionalcatolicismo español dominante en el seno del régimen franquista entre la segunda mitad de la década de 1940 y finales de la de 1950. Se nos plantea aquí una posible pregunta que vendría a ser el «negativo» de la tesis que defiende el autor. ¿Hasta qué punto fue José Pemartín un referente intelectual de los principales representantes de la doctrina nacionalcatólica en la posguerra? ¿Se reconocieron los católicos y la jerarquía de la iglesia española en las teorizaciones del intelectual y propagandista jerezano o lo hicieron en otros autores de la tradición socialcatólica?

Del mismo modo, las evidentes continuidades entre primorriverismo y franquismo derivarían en otra serie de cuestiones. Más allá de la institucionalización violenta del franquismo a través de la Guerra Civil y de la represión, qué elementos novedosos aporta el franquismo respecto de la Dictadura del general Miguel Primo

de Rivera. A estas alturas es evidente que la longevidad del régimen de Franco, al margen del recurso a la violencia política y de determinadas coyunturas internacionales favorables, debe de explicarse también por la existencia de un nada despreciable consentimiento entre determinados sectores de la sociedad española. ¿Por qué motivos, partiendo de una situación *a priori* más favorable, se erosionó tan rápidamente el consenso del que en algún momento gozó la Dictadura de Primo, en especial entre las clases medias y los sectores católicos? ¿Le faltó a la Dictadura de Primo capacidad represiva o dar otra vuelta de tuerca más a su autoritarismo? Se trata de cuestiones que la historiografía española ha tratado al menos ya parcialmente.

Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera es una obra más que recomendable, en la que Alejandro Quiroga intenta y logra una exégesis completa del pensamiento pemartiniano, tomando como fuente los escritos de este, principalmente sus artículos propagandísticos en la prensa oficialista de la Dictadura y la que tal vez sea su obra central: *Los valores históricos en la dictadura española* (1928). Una de las principales virtudes de la obra está en la capacidad de su autor para explicar con claridad, sencillez y de una forma sintética los, con frecuencia, poco aprehensibles conceptos y categorías de la Historia de las Ideas políticas y filosóficas. Otra aportación meritoria es su habilidad a la hora de enmarcar la doctrina pemartiniana en el contexto más amplio de las corrientes de pensamiento dominantes en la Europa del primer tercio del siglo XX. La buena organización interna del texto, su claridad expositiva y su vocación didáctica, lo hacen accesible para una generalidad de lectores no necesariamente familiarizados con este tipo de temas. No es poco para un ensayo histórico.

Daniel Lanero Táboas

DAMIÁN A. GONZÁLEZ MADRID

Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945

Ciudad Real, Almud, 2007, 376 pp.

ISBN: 978-84-934858-3-7

El estudio del personal político franquista empieza a contar con una larga tradición en España. La investigación de María Encarna Nicolás, que vio la luz en los primeros años ochenta, abrió paso a un interés por el estudio del poder local para comprender el franquismo. Esbozó preguntas –y dio respuestas– sobre cuestiones como la naturaleza del personal político, su gestión al frente de las instituciones, la vida cotidiana o la moral de aquellos años. En los noventa vieron la luz trabajos interesantes y sugerentes por diversos motivos. Pudo ser el caso de las imprescindibles investigaciones de Conxita Mir sobre la vida cotidiana y la represión en la Cataluña de posguerra. También la de Glicerio Sánchez Recio sobre el personal político intermedio. Y también las investigaciones de Antonio Cazorla, en los que hablaba de una «vuelta a la Historia» y del caciquismo a la España de posguerra.

Las obras citadas, entre otras, despertaron el interés de algunos jóvenes –y no tan jóvenes– historiadores por el poder local y el estudio del personal político (Sanz Hoya, Sánchez Brun, Cenarro Lagunas, Ortiz Heras, Rodríguez Barreira, Cobo Romero, Ortega López, Rivero Noval o Del Arco Blanco, entre otros). En definitiva, en el corazón de las nuevas investigaciones se escondía la pregunta de cuál era la naturaleza del franquismo, para lo que es clave el carácter de sus apoyos sociales, más que las características de su gestión política. Es en este contexto donde se enmarca el destacado trabajo de Damián A. González Madrid.

¿Ruptura o continuidad en el personal político franquista? ¿Hubo renovación en los apoyos sociales del «Nuevo Estado» respecto a épocas anteriores? González Madrid coloca su trabajo junto a aquellos que afirman la llegada de unos nuevos hombres a las instituciones del Régimen

franquista. No obstante, cuida hacerlo de forma rotunda: a lo largo de las más de 350 páginas de su trabajo advierte en todo momento sobre la presencia de elementos conservadores y tradicionales del personal político conviviendo con el personal inédito.

Los hombres de la dictadura goza, a nuestro entender, de dos virtudes respecto a estudios anteriores. En primer lugar, analiza todas las esferas del poder institucional franquista de la región analizada: Gobernadores Civiles, Diputaciones, Ayuntamientos capitalinos y provinciales, e incluso procuradores en Cortes. La segunda virtud del trabajo radica en su espacio, la región de Castilla-La Mancha. Esta mitad de Castilla, junto a la Castilla y León, representan una de las piezas claves para explicar la España de entreguerras; como algunas investigaciones han puesto de manifiesto, el mundo rural y los pequeños propietarios fueron claves en la destrucción de la democracia en España y el surgimiento y apuntalamiento del régimen franquista. Y de pequeños propietarios y campesinos estaban repletas las dos Castillas, por lo que la obra de González-Madrid calza todavía más importancia. Estos dos factores, entrecruzados con el rigor y la apabullante labor archivística desarrollada por el autor, (evidenciada en las bases de datos de los hombres del régimen incluidas en el CD-ROM que acompaña a la publicación) convierten su obra en un estudio sólido e imprescindible sobre el personal político franquista.

Tras la pertinente introducción, el joven historiador cincela el marco legislativo para el nombramiento del personal político franquista (cap. 2). Encontramos aquí un elemento imprescindible del que muchos estudios carecen. Pasa después al estudio del origen político y profesional de gobernadores civiles y jefes provinciales del movimiento (cap. 3). A grandes rasgos, señala aquí la discontinuidad del personal político, así como la heterogeneidad que también han resaltado algunos estudios. No obstante matiza que, al menos en estos puestos de tanta responsabilidad, el franquis-

mo reclutará a hombres como una posición más acomodada y, en la mayoría de los casos, estudios superiores: médicos, abogados, altos funcionarios... Esta tendencia también se repetiría en los Diputaciones provinciales, tanto en sus presidentes como en sus gestores (cap. 4): los gobernadores civiles se decantarían aquí por un personal nuevo, principalmente proveniente de la burguesía profesional de las ciudades, aunque el elemento agrario no dejó tampoco de estar presente. En los presidentes de dicha institución, pieza clave en su funcionamiento, también encuentra González Madrid a un personal novel, de cierta juventud y sin experiencia política. Pero como demuestra al analizar las cinco provincias manchegas, en cada lugar y momento el franquismo hizo gala de una cierta flexibilidad, integrando en el poder a personas vinculadas a familias tradicionales vinculadas al sector primario, o a una burguesía profesional sin antecedentes caciquiles. La flexibilidad de los apoyos sociales del franquismo, siempre dentro de aquellos que ganaron la guerra, evidencia las dotes del Régimen para apuntalarse y sobrevivir a pesar de los duros años cuarenta.

Tendencias similares encuentra el autor al analizar los ayuntamientos de las cinco capitales de la región (cap. 5). Pero en este punto Damián González realza una característica también presente en los capítulos anteriores: la actuación de muchos alcaldes y gestores durante la guerra civil selló su fidelidad con el régimen, convirtiéndose en un elemento aglutinador de la heterogeneidad política y social de muchos de ellos en torno al «Nuevo Estado» («pacto de sangre»). El caso más emblemático sería, por ejemplo, el del ayuntamiento de Toledo, cuyas sillas serían ocupadas por antiguos defensores del Alcázar. En éste y otros ejemplos se evidencia otra vez la llegada de una nueva generación marcada por la experiencia de la Guerra Civil, joven, sin experiencia, fiel hasta las entrañas al régimen comandado por Francisco Franco. Falange Española Tradicionalista de la JONS sería la principal cantera para la recluta de los nuevos

hombres. Pero compartirían el poder en muchos casos con estirpes políticas tradicionales. Convivirían administrando la victoria, unidos por una concepción de la guerra civil como cruzada, pero también por el interés económico: el negocio de la madera en Cuenca es buena prueba de ello.

El personal de los ayuntamientos de la provincia seguiría la estela marcada en las páginas anteriores (cap. 6). Bien es cierto que en este momento el régimen elegiría a un personal de menor preparación y clase social. En los campos manchegos, corazón del franquismo, era la hora de los pequeños propietarios católicos. Ahora bien, ¿cuál fue la importancia real de los ayuntamientos en la vida de postguerra? Tanto para los consistorios capitalinos como los de la provincia, González Madrid parece adherirse a las tesis que sostienen que esta esfera del poder local estuvo subordinada al poder del gobernador civil y del propio ministro de Gobernación. Fue así, sin duda, por su nombramiento. Pero su papel en la regulación de la vida económica, alimenticia y social de la España autárquica era clave, como en alguna ocasión reconoce el propio autor (p. 191). El funcionamiento de las cartillas de racionamiento, la repartición de cupos a entregar al Servicio Nacional del Trigo o el control del mercado negro marcaría una clara línea entre vencedores y vencidos. El nombramiento de uno u otro alcalde, fuese de una u otra «familia política», acabaría importando relativamente poco a aquellos que tenían la hogaza de pan más lejos de sus manos: el resultado de las políticas de la victoria sería similar.

Merecen ser rescatadas, por su novedad, las páginas dedicadas al estudio de los procuradores en Cortes de la primera legislatura (cap. 8). El autor emplea este ámbito para determinar el peso real de las provincias manchegas en Madrid: los representantes de la región no conseguirían realizar una carrera política más allá de ocupar un asiento de las titeres Cortes franquistas.

Otro aspecto interesante es la inestabilidad

del poder local del franquismo (cap. 7). Acierta el autor al apuntar al gobernador civil como principal artífice de los ceses y nombramientos. Y también lo hace al ofrecer una baraja de los motivos que llevarían a los ceses. No obstante, pese a los innumerables ceses por inacción, corrupción, disidencias, etcétera, el régimen siempre consiguió regenerarse, reclutando a nuevos hombres para su proyecto político.

En definitiva, la obra de Damián A. González Madrid centra aún más el controvertido tema del personal político. Vuelve a poner de manifiesto la heterogeneidad, complejidad y flexibilidad del poder local franquista. Heterogéneos orígenes políticos y sociales, pero más cercanos siempre a la ruptura frente a lo anterior que a la continuidad frente a periodos precedentes. De hecho, el autor termina señalando los puntos de conexión del franquismo con la Dictadura de Primo de Rivera: una época que, como recientes investigaciones evidencian, también fue más rupturista y moderna de lo que tradicionalmente parece haberse sostenido. No obstante, González Madrid parece restar importancia a las repercusiones de los poderes locales en el curso del franquismo, señalando que fueron «meras gestorías»; algunos estudios parecen resaltar que fueron un pilar clave del régimen, procurando el contacto primero de la sociedad con las instituciones. Quizá este aspecto señale el camino a seguir en investigaciones futuras: cuando comienza a ser aceptada la ruptura, con mayor o menor intensidad, que supuso el franquismo respecto a lo anterior, quizá ha llegado el momento de empezar a preguntarnos qué procuró el franquismo a las heterogéneas clases sociales que lo sustentaron para explicar su supervivencia. Desde luego, estudios tan serios como el de González Madrid ofrecen una foto nítida de quiénes eran los franquistas. Quizá falta profundizar en cómo defendían los intereses de los heterogéneos grupos sociales y políticos a los que representaban una vez que la foto era tomada.

Miguel Ángel del Arco Blanco

BERNHARD H. BAYERLEIN

Der Verräter, Stalin, bist Du! Vom Ende der linken Solidarität. Sowjetunion, Komintern und kommunistische Parteien im Zweiten Weltkrieg 1939-1941

(con la asistencia de Natal'ja LEBEDEVA, Michail NARINSKIJ y Gleb ALBERT. Con un ensayo autobiográfico de Wolfgang LEONHARD. Prólogo de Hermann WEBER)

Berlín, Aufbau-Verlag, 2008, 540 pp.

ISBN: 978-3351026233

Bernhard Bayerlein, historiador del Centro de Investigación Social Europea de Manheim, en Alemania y entre otras muchas cosas, editor de *The International Newsletter of Communist Studies/Online*, propone con este libro [cuyo título en castellano sería «¡El traidor, Stalin, eres tú!»]. *Acerca del fin de la solidaridad de la izquierda. La Unión Soviética, la Komintern y los partidos comunistas en la Segunda Guerra Mundial, 1939-1941* una amplia crónica de uno de los momentos más dramáticos en la historia del movimiento comunista. Los dos años que siguieron a la firma del pacto Hitler-Stalin (o Ribbentrop-Molotov), los llamados «años oscuros», marcaron la historia posterior del comunismo. El que en tiempos de feroz antifascismo el gobierno soviético diera un golpe de timón y se aliara expresamente con el régimen nacional-socialista —arrastrando a los restantes partidos comunistas con él— pesaría como una losa en la suerte del comunismo como movimiento político.

El libro es, como hemos dicho, una crónica comentada, formulada sobre todo a partir de documentos extraídos de archivos rusos, alemanes y suizos —donde el peso principal recae en los primeros— y que documentan las turbulencias dentro del movimiento comunista surgidas por dicho pacto, así como los intentos de la jerarquía soviética para acallar críticas y disensos. No se trata de una típica publicación de documentos sino de una detallada exposición de hechos muy complejos y desconocidos a partir de fuentes muy concretas. Muchos de los documentos aquí presentados estaban clasificados hasta hace poco de «completamente se-

cretos» y dormitaban el sueño de los (in)justos en archivos moscovitas. Entre ellos, y por primera vez en una lengua occidental, se publican algunos de los telegramas cifrados del OMS (el Otdel Meshdunarodnoi Sviasi, el Departamento de Relaciones Internacionales, algo así como el aparato de espionaje de la Komintern), vitales para comprender la historia del comunismo. Recordamos que sobre los telegramas existe desde hace poco una completa investigación realizada por el decano de los archivistas rusos, Fridrich Firsov (véase Fridrich Firsov, *Sekretnie kody istorii Komintern 1919-1943* [Los códigos secretos de la historia de la Comintern, 1919-1943], Moscú: AIRO-XXI, 2007).

A lo largo de seis partes, el libro va describiendo las consecuencias de la firma del pacto (definido como «un pacto contra el antifascismo y la solidaridad de izquierdas»). Éstas fueron muy negativas para los partidos comunistas en todas partes, y en especial para el PCF, el mayor de Europa, que fue prohibido y perseguido. Algunos de los documentos se refieren a la guerra de España y sus corolarios, los esfuerzos soviéticos por sacar a los Brigadistas de los campos de reclusión franceses y, al mismo tiempo, el esfuerzo de las jerarquías partidistas por separar y anular a los disidentes entre los brigadistas. El libro explica luego la posición de la jerarquía soviética ante la invasión de Polonia y el principio de la Segunda Guerra Mundial, los intentos de legitimación —imposibles— de un conflicto que envolvía a todos —pese a los intentos de la Komintern de convertirlo en una guerra entre «capitalistas». La forma en que los comunistas se vieron aislados tras el ataque soviético a Finlandia y el desmontaje de los partidos comunistas llevaron también aparejados un rechazo por parte soviética de la herencia internacionalista y que constituiría prefacio a la simbiosis entre patriotismo soviético y antifascismo que se generalizó tras el comienzo de la guerra germano-soviética.

Las tres últimas secciones del libro muestran de una forma bastante innovadora cómo la jerarquía soviética y la Komintern se fueron

dando cuenta de la imposibilidad de un largo *appeasement* de Hitler, de cómo —manteniendo la «amistad» oficial con los nazis— fueron lentamente cambiando su actitud a una de oposición a Hitler, y de cómo, sin embargo, la invasión alemana de la URSS supuso un *shock* para el liderazgo soviético. La tesis —lanzada por Nikita Krushev en sus memorias— de la parálisis inicial de Stalin, incapaz de creer que Hitler hubiese atacado ha sido discutida últimamente por autores como Geoffrey Roberts (*Stalin's Wars. From World War to Cold War, 1939-1953*, New Haven, Yale University Press, 2007) y parece que se han aportado algunas pruebas que demuestran que la URSS estaba más preparada para la guerra de lo que se creía hasta ahora. Sin embargo, son precisamente estas últimas páginas del presente libro las más interesantes: en leves pinceladas se nos aportan nuevos datos y conclusiones que pueden calificarse de impactantes, sobre todo acerca de la responsabilidad soviética —por obra, omisión o simple negligencia— en dramáticos eventos como la destrucción del grupo disidente de la «Orquesta Roja» o la muerte del líder comunista alemán Ernst Thaelman.

El libro, producto de un proyecto a largo plazo en colaboración con conocidos historiadores rusos, se completa con dos intervenciones de dos historiadores alemanes. En una, Wolfgang Leonhard, pionero de la soviología, funcionario comunista y luego antiguo disidente en la RDA, acude a su experiencia personal (era un joven exiliado político en la URSS por aquellas fechas) para mostrarnos la incidencia del pacto en la vida cotidiana de los exiliados. El prólogo de Herman Weber, historiador experto en la RDA y también antiguo comunista, sitúa en su contexto el empleo de los textos. Una excelente selección bibliográfica, una lista de acrónimos y de pseudónimos del mundo comunista —los utilizados en los telegramas cifrados— y una serie de biografías de personajes cierran un libro que ofrece una detallada incursión en un oscuro periodo histórico.

José M. Faraldo

JORDI GRACIA

La vida rescatada de Dionisio Ridruejo

Anagrama, Barcelona, 2008, 334 pp.
ISBN: 978-84-339-0791-2

DIONISIO RIDRUEJO

Escrito en España

Edición y estudio introductorio de Jordi Gracia
Centro de Estudios Políticos y Constitucionales,
Madrid, 2008, XCIV-532 pp.
ISBN: 978-84-259-1425-6

Con la «vida rescatada» que entrega Jordi Gracia, no estamos ante una biografía al uso. Después de sus estudios y ediciones críticas de trabajos y correspondencias de Ridruejo (*Materiales para una biografía*, 2005 y *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1935-1975*, 2007) presenta ahora «su» Ridruejo, el esencial, extraído de fuentes de toda procedencia, las archivísticas —Archivo de Salamanca y otros archivos privados—, las publicadas en revistas y periódicos de acceso remoto, y también las cartas, entrevistas y conversaciones con quienes conocieron y trataron al escritor y político. De todo ello da noticia breve en una «nota final» y en la «cronobiografía» con que cierra su texto.

Seducido por la excepcionalidad ética y literaria del escritor» como se confiesa Gracia, se decide a presentar en esta ocasión de forma desnuda, desprovista de aparato bibliográfico y notas pero cargado de citas y referencias textuales, la peripecia vital de Ridruejo «para ratificar la calidad humana y el valor cultural de una siembra que quedó para después de él: (...) demócrata sin democracia y uno de sus ideólogos más lúcidos y precoces» (p. 306). Dicho sea de paso, ésta una de sus pocas caracterizaciones expresas del autor, en una obra en la que hablan sobre todo los personajes. No ha querido el biógrafo recopilar todos los datos de la actividad política y literaria de Ridruejo. En esta historia que parece una novela, pero es sólo historia, Gracia libera una corriente continua,

un torrente a veces, sin capítulos, ni apartados, ni títulos que perturben el relato, formada por acontecimientos, personajes, palabras e ideas que constituyen el curso de una vida individual y son, al mismo tiempo, la historia de un país, de su dictadura política y de sus gentes, de las que la apoyaron como de las que la combatieron. Sólo un título para un capítulo único, «A dos velas», preside toda la construcción biográfica, como si a tal sobrio estado, no sólo económico, hubiera quedado reducido, por decisión deliberada, lo que empezó siendo programa grandilocuente e imperial.

Están junto a Ridruejo en su aventura vital, en efecto, toda la larga serie de amigos, camaradas y colaboradores que en cada etapa acompañaron y apoyaron solidariamente las empresas múltiples en que se embarcó, desde la Falange inicial a los viejos y nuevos amigos catalanes, de los políticos a los literatos, profesores, periodistas o empresarios, relaciones que se renuevan y enriquecen, mediada la década de los cincuenta, con jóvenes de las nuevas generaciones, un nuevo mundo heterogéneo que habita en el interior de España y en el exilio. Todos, con contadas excepciones, satelizaron en torno a la frágil figura de Ridruejo y a su probada capacidad de integrarlos en empresas políticas de éxito relativo. Gracia los rescata y los persigue con su cámara a un ritmo trepidante, en planos breves, con fugaces apariciones por sus páginas. El índice onomástico es abrumador.

La historia se centra en los años que van de 1940 a 1975. Casi 35 años de vida «en itinerancia» (pp. 98, 152) que a veces parece no encontrar sosiego, arrancan de las primeras sombras en la aplicación del ideario fascista y de la decepción del régimen de la victoria militar en la Guerra Civil y se detienen, definitivamente, entre las no muy nutridas huestes de la lucha antifranquista, expectantes de un incierto futuro de libertad, cuando se cumpla definitivamente el así llamado «hecho biológico» que Ridruejo por poco no llegó a vivir. No faltan en la narración incursiones en tiempos anteriores, los de los orígenes

familiares sorianos o los de los orígenes políticos falangistas de antes de la Guerra Civil.

Tres grandes fases y una fractura radical establece Gracia en la andadura política de Ridruejo. En la fase del fascismo y del falangismo ideal choca temprano con el percibido como fraude institucional franquista, al que Ridruejo opone, en intentos sucesivos, desde su falangismo, medidas correctoras de corte «regeneracionista» (p. 146), respondidas por el Régimen con el desprecio, el destierro y la marginación. El amor, la poesía depurada y el descubrimiento de otros paisajes hacen más fácil la entrada de Ridruejo en la madurez. La segunda fase, en los años cincuenta, con nuevo gobierno franquista que permite a un Ridruejo, sin cargos políticos, colaborar en la ilusión de la apertura y la evolución interna del Régimen, «se salda con un fracaso rotundo [...] que descarta el reformismo desde dentro...» (p. 134).

La fractura se produce en 1956 cuando Ridruejo acompaña a los jóvenes universitarios, con los que llevaba en tratos un par de años ya, en sus demandas y manifiestos y acaba en la cárcel de Carabanchel (primera de sus cinco reclusiones), con esos jóvenes de izquierdas, comunistas algunos aunque Ridruejo no lo sabía aún. Con ello se produce su entrada en la oposición. Ratifica el paso dado mediante la Declaración personal e informe sobre los sucesos universitarios de febrero, dirigido a los miembros de la Junta Política de F.E.T. el 1 de abril de ese año, un ajuste de cuentas también con su pasado político en toda regla. «Se había ido del franquismo por fascista y se le encarcelaba ahora por demócrata», concluye Gracia (p. 168).

La tercera y más larga fase es la de los esfuerzos por construir una alternativa a la dictadura por toda suerte de medios, legales, paralegales y clandestinos. Ahí están los partidos y los grupos, las revistas y editoriales, los artículos y los libros, los congresos y los contactos personales continuos, proyectos y realidades que Gracia expone con detalle. La fragmentación grupuscular, los personalismos y las suspicacias no permitirán ir

más allá de acuerdos de mínimos democráticos, como el alcanzado en Múnich en junio de 1962, de aplicación aplazada hasta la desaparición física del dictador. Ridruejo desarrolla su papel de «puente» entre las diversas tendencias, con una voluntad «integradora» que procuró no excluir a ninguna fuerza política, como la comunista, desde que Semprún (alias Federico Sánchez), Pradera y Múgica le revelaron su identidad política. También desde el exilio le llegaron voces conciliadoras que él acogió sin titubeos hasta encontrar allí colaboradores asiduos y compartir por un tiempo la misma suerte.

Con nombres diversos a lo largo de los años y el mismo pequeño número de fieles, Ridruejo acampó en la socialdemocracia con un programa moderado, reformista y europeísta, flexible en cuanto a la forma de estado y siempre presidido por la vocación de intermediación y aproximación de las fuerzas de la derecha y la izquierda. Entre todas las contribuciones de Ridruejo a estas tareas políticas destaca su *Escrito en España*, «el mapa de la transición democrática» (p. 264). Este libro, «gran apología de la política» al decir de Gracia, goza, desde su publicación fuera de España y gracias a su distribución semiclandestina eficaz, de una recepción unánimemente positiva, hasta ser calificado ya entonces como excepcional y «decisivo» —por Francisco Ayala—, tanto por su diagnóstico del franquismo como por su pronóstico de la oposición y sus programas.

Lo que Gracia ofrece en las 80 páginas de su *Prólogo para un largo manifiesto* es la asistencia, desde el proscenio, a la gestación, nacimiento y primeros pasos de un libro que mostró como ningún otro la talla política de su autor. Atiende Gracia en este estudio más directamente a la evolución política de Ridruejo y, sobre todo, a la puesta en práctica de su programa ya entre las fuerzas políticas radicadas en París donde Ridruejo vive exiliado dos años, secuela de su asistencia sin pasaporte al encuentro de Múnich. En el *Prólogo* se reconstruye detalladamente la evolución de las fuerzas políticas liberales en el exilio, las del Movimiento Europeo y las que

intervienen en el Congreso para la Libertad de la Cultura, con las que Ridruejo colabora en diferentes proyectos, como la elaboración del Boletín Informativo o la revista *Mañana*, en los que Ridruejo es el alma y el colaborador esencial, con artículos de difícil acceso que el editor antologa al final del volumen.

Las dos sucesivas ediciones del libro, 1962 y 1964, hablan del interés con que fue acogido. El prólogo de la primera, fechado en Madrid en 1961, es el mejor autoanálisis político de Ridruejo, con autoinculpación por sus primeros errores y con el compromiso por la democracia y la convivencia civil de todos los españoles. En el centro de su proyecto se destaca la necesidad de «cancelar la Guerra Civil» para romper la legitimación continuada del franquismo en la victoria, como Franco pretende una y otra vez, ya sea persiguiendo a los de Múnich que proclamaron el fin definitivo de la guerra, ya aplicando vilmente la pena de muerte al comunista Julián Grimau, contra la que se alzó, valiente, la pluma de Ridruejo en *Le Monde* con el escrito intitulado precisamente «La guerra continuada».

El regreso a España sin permiso gubernamental da paso a la última etapa de la vida política, de la vida sin más de Ridruejo. Los escasos avances políticos de la oposición invitan a otras actividades, entre ellas ganar una siempre precaria subsistencia, con nuevas publicaciones —vuelta a la literatura— y con la docencia en universidades americanas. Una salud problemática envía mensajes amenazantes cada vez más frecuentes. Pero se mantienen vivas siempre, a modo de síntesis de una vida, la lucidez de la «culpa» del pasado y las esperanzas en el futuro.

Murió Ridruejo en el hospital a finales de junio de 1975. «Hice lo que tenía que hacer», decía de sí mismo con frecuencia (p. 309). Jordi Gracia lo ha mostrado. Se podrá profundizar más en uno u otro aspecto, pero aquí están presentes, en el espejo de la vida de Ridruejo, los temas esenciales de la historia de España de los últimos ochenta años.

Felipe Nieto

XAVIER DOMÈNECH

Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969Madrid, Los Libros de La Catarata, 2008, 344 pp.
ISBN: 978-84-8319-400-3

Los estudios sobre las luchas obreras durante el franquismo se encuentran ya en una fase distinta, por supuesto, de la inicial, y también de los primeros trabajos más serios en los años noventa. El estudio de Xavier Doménech es quizá uno de los más significativos de esta nueva fase. El autor construye un brillante relato sobre la interacción entre las luchas obreras —en Barcelona, Sabadell, Terrassa, Badalona y el Baix Llobregat— y las iniciativas y respuestas de la Organización Sindical Española y del control policial franquista durante los años sesenta.

El principal mérito del trabajo lo constituye el análisis de la trayectoria de las actuaciones obreras e institucionales desde 1962 a 1969 descubriendo que en el transcurso de cada una de las reales experiencias previas se encuentran los fundamentos de los ensayos posteriores. Nada de lo ocurrido a lo largo de aquellos años se encontró establecido de antemano ni resultó ser un producto de estrategias planificadas desde el principio. Entonces, el protagonismo del relato se concentra en las propias actuaciones y relaciones entre los protagonistas. Son las que dictan los argumentos y las conclusiones a la par que integran la narración principal. Fruto de ese análisis es la consideración de la importancia de los pequeños cambios originados en el fragor de la batalla sindical, policial y oficial —quizá con insuficiente participación de los patronos—.

Las huelgas, en sus distintas manifestaciones, las detenciones de dirigentes obreros, la convocatoria de elecciones sindicales, la participación política de militantes del PSUC, las iniciativas de enlaces sindicales y jurados de empresa, la intervención del mundo eclesiástico, la configuración espacial de la conflictividad y la competencia política de las organizaciones de oposición al franquismo, todo ello y mucho

más componen una sucesión de mosaicos que bien podría haber sido otra y con resultados distintos. El enfrentamiento, además, domina el escenario y se encuentra en el origen de todos los pequeños saltos que se originan en esos siete años.

La tesis del comienzo del ciclo de protesta obrera en 1962, con la oleada de huelgas iniciadas en Asturias —«¡Asturias marca el camino!»—, es respondida por Xavier Doménech con su contrario, puesto que la oleada de aquel año resultó ser el final de los enfrentamientos acaecidos hasta entonces, al menos desde 1956, sin reproducción en los años siguientes. A partir de 1963 comenzó otra forma de enfrentamiento protagonizado por la reacción obrera a los convenios colectivos impuestos por los patronos para lograr una mayor productividad del trabajo a cambio de bajos salarios. En ese contexto laboral y de protesta se extendieron las Comisiones Obreras en la ciudad de Barcelona en 1964. Pero todo se movía de nuevo, la jerarquía de la OSE propuso profundizar la representación obrera en el Sindicato oficial —y único— bajo su control, a través de las elecciones sindicales de 1966. Aquella dinámica, repleta de enfrentamiento, supuso el traslado del protagonismo de las Comisiones Obreras de la capital a las del área metropolitana y la comarca del Baix Llobregat. El año siguiente comenzó una nueva fase de actuación policial contra los dirigentes de las Comisiones y el inicio de un periodo de reconfiguración ordenado por lo que es una constante en el libro: la singularidad de cada lugar en cuanto a los protagonistas y las formas de actuación. Este menú se confeccionó además con debates entre las fuerzas políticas antifranquistas, la intervención de sectores no obreros en los enfrentamientos con la Dictadura y el recambio generacional en la coordinación de las luchas obreras. En 1969, en conclusión, existía ya el esbozo de lo que será la naturaleza de los enfrentamientos hasta 1976.

Me parece muy seria esta metodología de indagación sobre la conflictividad obrera en el

franquismo de los años sesenta. Debería imitarse para romper con una tradición institucionalista y teleológica a la hora de entender y explicar la lucha obrera. Si en lo principal de la argumentación el trabajo de Xavier Domènech se muestra muy renovador, quizá se advierta conservador al concluir que todo ese panorama que ha presentado de manera brillante ocasionó el inicio del cambio político en España, al impedir la realización de los proyectos continuistas de la Dictadura. En mi particular visión esta conclusión forma parte de un debate estancado que, tal como se encuentra planteado hasta ahora, no habrá forma de superar.

Quizá esta historia vindicativa, contada con todo entusiasmo, impulsa a pensar que las iniciativas obreristas en torno a las Comisiones Obreras de la segunda mitad de los años sesenta impidieron encumbrar a algún dirigente franquista —como Solís Ruiz— frente a otros. Pero esta historia contada me parece que puede ser el inicio de una reflexión académica sobre el intento franquista de adoptar el modelo peronista de sindicalismo auspiciado y protegido por el Estado. Seguro que las luchas obreras contra ese modelo contribuyeron a su malogro.

Rafael Cruz

ÓSCAR MARTÍN GARCÍA

A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977

Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, 331 pp.
ISBN: 978-84-8319-390-7

Partiendo de la base de que la transición democrática española hunde sus raíces en los últimos años del franquismo, Óscar J. Martín García, nos ofrece con este libro los resultados de un minucioso rastreo de actitudes inconformistas e incipientemente democráticas en un espacio aparentemente inmovilista cómo es la provincia de Albacete. El periodo de estudio escogido sobrepasa la década, arrancando a mediados de los sesenta y sobrepasando los

primeros años tras la muerte del dictador. La obra está estructurada de forma cronológica en tres grandes capítulos, precedidos por una introducción del historiador Sebastian Balfour y rematada, tras las conclusiones, con un largo apéndice bibliográfico. Al final de cada capítulo encontramos, en forma de notas, las referencias a las amplias fuentes consultadas por el autor. Entre ellas encontramos diversos fondos archivísticos, prensa y numerosas entrevistas orales, herramienta imprescindible en la investigación de periódicos históricos recientes.

El primer capítulo, «Los ecos del descontento» arranca en 1966 y termina en el convulso año, tanto económica como políticamente, de 1973. Los apartados que lo conforman se centran en las actitudes de protesta surgidas en el campo, tanto a nivel particular como en ejemplos cooperativos. Además el autor describe la acción militante en el sector de la banca albacetense y profundiza en la influencia de algunos sectores eclesiásticos minoritarios en la pausada animación social de la provincia.

El siguiente capítulo, «Oportunidades políticas, crisis económica y protesta» se ocupa del bienio 1974-1975, detallando el aumento de movilizaciones y protestas sociales. El autor analiza la influencia de la crisis económica en dichos movimientos, pero es capaz de demostrar lo decisivo de un fondo de inestabilidad política, insistiendo que sin el fortalecimiento de la oposición franquista no habría sido posible la canalización de las frustraciones colectivas. En dicha canalización es imprescindible tener en cuenta los canales de difusión y transmisión de las protesta, especialmente la labor de la prensa, realidad a la que el autor dedica dos apartados consecutivos. La existencia de un trasfondo político, en las reivindicaciones obreras consideradas puramente económicas, queda definitivamente demostrado en el apartado dedicado a las trabajadoras albacetenses. En él insiste, como ya hizo el profesor Xavier Ferreira, en que con las reivindicaciones laborales de las mujeres en el franquismo, se destapó un conflicto entre sexos

de trasfondo político que cuestionaba algunos de los principios ideológicos del régimen.

El último capítulo abarca el bienio tras la muerte de Franco y tiene por título «Acción, represión y cambio político». En él se analiza la definitiva politización de la escena social haciendo un repaso por los diferentes espacios de construcción de ciudadanía y actitudes democráticas. Dicho repaso tiene en cuenta tanto las asociaciones vecinales, como las culturas contra-hegemónicas que se mostraron de diversas formas, conquistando sus propios espacios a través de valores, rituales y discursos ajenos a la cultura franquista.

No son pocos los historiadores que, *a priori*, dudan del interés de la historia local, especialmente si lo «local» hace referencia a un espacio aparentemente inmovilista. Este escepticismo ha llevado durante mucho tiempo al estudio exclusivo de zonas consideradas neurálgicas, con una posterior extrapolación de los resultados a nivel nacional. Por fortuna, hay ya muchos trabajos que han venido a demostrar la incongruencia de tal actitud, y sin duda, la obra de Óscar J. Martín García, es una de ellas. El autor tiene muy clara la interrelación necesaria de la historia local con el contexto nacional, y por ello insiste en que su obra no pretende ser «simplemente un estudio sobre la provincia de Albacete sino también un análisis desde dicha provincia», de forma que su acercamiento a la realidad local no invalida el propósito de comprender a los procesos sociopolíticos más generales. El que sin duda haya conseguido dicho propósito lleva al historiador Sebastian Balfour a afirmar en el prólogo, que esta obra pertenece a aquellos estudios locales que «aportan una nueva virtualidad explicativa, que matizan o cuestionan hipótesis establecidas».

Además, Óscar J. Martín García demuestra ser un defensor de una transición explicada por la multicausalidad, tal como la defiende Ortiz Heras. Por ello califica definitivamente como desfasadas aquellas teorías personalistas o decisionistas que abundan en la historiografía divul-

gativa, o aquellas otras, que explican la llegada de la democracia a España como una consecuencia irrefutable de los cambios económicos. En dicha multicausalidad, desempeña un papel decisivo los movimientos sociales, que el autor considera decisivos, apoyando a Pérez Díaz en la idea de que las movilizaciones sociopolíticas no sólo constriñeron, sino que también ofrecieron oportunidades a los gobernantes para encauzar el cambio en sentido democrático. Sin embargo, si entendemos el concepto de movimientos sociales desde un punto de vista clásico y reduccionista podríamos llegar a pensar que en la provincia de Albacete apenas hubo algún tipo de movilización. El propio autor insiste que «es innegable la existencia durante el periodo estudiado de actitudes de pasividad, conformismo y miedo entre diversos sectores de la sociedad albacetense». No obstante, su investigación demuestra que la situación social y política que vivió la provincia en los últimos años del franquismo y primeros de la transición «distó de corresponderse con una plácida balsa de aceite». Aceptando la ausencia de grandes huelgas y de conflictos estridentes, el autor es capaz de bucear hasta las entrañas de la sociedad albacetense, buscando en los diferentes espacios sociales actitudes de disconformidad y ruptura con el régimen franquista. Con los archivos como base y apoyado en testimonios orales, el investigador nos demuestra actitudes combativas tanto en las fábricas como en el campo, donde la no colaboración y la disconformidad con las políticas públicas fueron una constante. Además, rastrea las diferentes asociaciones surgidas al calor de la ley de 1964, demostrando que se convirtieron en pequeños espacios de sociabilidad en los que afloró, aunque fuera de forma tímida, una esfera pública de debate y que sirvieron, por tanto, de escuelas de democratización. De estas asociaciones caben destacar las vecinales, quienes gracias a sus reivindicaciones concretas empezaron a movilizar a vecinos hasta el momento poco politizados. Por último no se puede olvidar la labor de la prensa, así el autor muestra cómo *La Verdad*, cumpliendo

las afirmaciones de Castells, sirvió de «nexo del movimiento con el conjunto de la sociedad, al tiempo que facilitó la legitimación de la reivindicación vecinal ante el resto de ciudadanía».

En conclusión, *A tientas con la democracia* es un acertado estudio de historia local, capaz de aportar nuevas perspectivas a las teorías establecidas. Aún teniendo el libro una estructura cronológica, el autor muestra una gran capacidad de contextualización y un fluido uso de las fuentes, lo que le permite en cada apartado avanzar y retroceder en el tiempo, incluso más allá de los límites marcados por la investigación. Uno de los puntos más importantes del estudio es el hecho de enfocar diversas formas de conflictividad social, más allá de las consideradas tradicionalmente, demostrando la existencia de disconformidad y conflictividad en el franquismo tardío, incluso en las provincias alejadas de los tradicionales centros de movilización. Sin duda se trata de una nueva obra referente para todos aquéllos que nos dedicamos al estudio social en épocas recientes.

Emilia Martos Contreras

ALFONSO BOTTI y MASSIMILIANO GUDERZO (eds.)

L'ultimo franchismo, tra repressione e promesse per la transizione (1968-1975)

Soveria Manelli, Rubbettino, 2009, 346 pp.
ISBN: 978-88-4982-402-5

La historiografía sobre el período y el régimen franquista, que hasta hace poco se ha concentrado casi exclusivamente en los primeros tiempos de la dictadura o «primer franquismo», en los últimos años empieza a atender en mayor medida a las etapas sucesivas, en especial al tardofranquismo. De ello es buena muestra este libro, que recoge las ponencias presentadas en el Congreso Internacional celebrado en octubre de 2005 en Novi Ligure, ciudad piemontesa que viene acogiendo los sucesivos congresos sobre la historia española (*La Spagna a Novi*) promovidos por los hispanistas de *Spagna Contemporanea* y el Istituto di Studi Storici Gaetano Salvemini.

El volumen, íntegramente en italiano, incluye un conjunto de 17 textos de autores españoles e italianos que analizan todo un conjunto de cuestiones relacionadas con la historia española en los años que van de 1968-1969 a 1975, si bien algunos de los apartados se ocupan de un arco cronológico más amplio. La obra se abre con un estado de la cuestión de los estudios sobre el último franquismo en la historiografía, a cargo de G. Sánchez Recio, presentando un útil repaso de los diferentes temas estudiados en las últimas décadas (la institucionalización del régimen, la actividad sindical, la evolución económica, los enfrentamientos internos en el seno de la dictadura, la oposición, los cambios culturales, etc.), si bien se echa a faltar una reflexión final sobre las limitaciones, problemas o perspectivas de la historiografía, o sobre la cuestión de la relación entre tardofranquismo y Transición.

Entrando en el ámbito de la historia política, L. de Llera se ocupa del estudio de la evolución de los últimos gobiernos del franquismo, con una exposición algo deshilvanada que presenta una marcada inclinación a ofrecer una imagen benévola de la dictadura. Muy diferente es la aproximación a la violencia franquista por parte de J. Rodrigo, que nos muestra una España que tiene muy poco que ver con la recordada tan amablemente por Mayor Oreja, en la cual se subraya la relevancia de la represión como elemento estructural y omnipresente. Por su parte L. Casali nos presenta un análisis de los discursos de Franco en aquellos años, en el que se pone de manifiesto la persistencia de los viejos tópicos antidemocráticos y de la obsesión con las conjuras internacionales –masónicas y comunistas– «contra España». Precisamente sobre ese exterior, sobre la oposición antifranquista, se ocupan los apartados dedicados por A. Cassani al exilio intelectual (a través de las figuras de Nicol, Bergamín y Alberti) y por M. E. Cavallaro a la relación entre europeísmo y oposición democrática, una cuestión de especial relevancia, con respecto a la cual la autora

subraya la importancia que tuvo la apelación a los valores europeos como elemento en la lucha por la libertad y la democracia en España.

La única aportación referida a las relaciones internacionales es la de M. Guderzo, que nos presenta un repaso —basado sobre todo en fuentes diplomáticas norteamericanas— de la continuidad esencial en las relaciones entre Estados Unidos y España, desde la presidencia de Kennedy a la de Ford. En cierta manera, el otro lado de la moneda nos lo muestra el texto que dedica A. Seregni al antiamericanismo español, tanto de derecha como de izquierda, desgranando los principales tópicos antiyanquis. Por su parte, M. Mugnaini analiza las visiones de la situación española presentes en las publicaciones especializadas italianas de aquellos años.

Todo un conjunto de apartados abordan una serie de temas en la confluencia entre política, sociedad y cultura. J. Torre Santos se ocupa del mundo sindical, en su doble vertiente oficial y de oposición, centrándose en el fracaso evidente del aparato sindical vertical de la dictadura en el tardofranquismo, consecuencia en buena medida del proceso paralelo de auge del movimiento obrero antifranquista en el que desempeñaron un papel primordial las Comisiones Obreras, para finalmente repasar sintéticamente la evolución y situación de las diversas fuerzas sindicales de clase (CCOO, USO, UGT) en los momentos finales del Régimen. Á. L. López Villaverde e I. F. Álvarez Delgado abordan el análisis del tejido asociativo, desde un punto de vista problemático, atento a los debates e interrogantes que plantea la cuestión, repasando la evolución del tercer sector en los años sesenta y setenta, para concluir que el mundo asociativo y el renacimiento de la sociedad civil en general tuvieron un papel notable en la caída de la dictadura. J. Muñoz Soro analiza la prensa en la crisis del franquismo, subrayando las fuertes limitaciones a la libertad de expresión y la represión contra la prensa, origen de múltiples problemas para el gobierno, además de detenerse en el importante papel desempeñado por la prensa crítica.

Por su parte X. M. Núñez Seixas presenta una interesante aportación sobre una de las cuestiones cruciales de la transición postfranquista —más que del tardofranquismo— como es el del surgimiento de las demandas y movimientos regionalistas. Cabe destacar dos aspectos de su análisis sobre la relación entre el franquismo y el posterior (re)surgimiento de los regionalismos: la elaboración de ciertos discursos y argumentarios regionalistas durante la dictadura y las posibilidades que el regionalismo ofrecía a los cuadros políticos del tardofranquismo para adaptarse a la nueva situación. A todo ello añade el fuerte componente reactivo de los regionalismos con respecto a los nacionalismos periféricos, entendido tanto en clave de imitación, como de rechazo a posibles asimetrías o desigualdades territoriales.

Teniendo en cuenta la complejidad de la situación de la Iglesia postconciliar y la específica transición que vivió el catolicismo español en los años sesenta, no podían faltar los análisis sobre el ámbito eclesial. Así, F. Montero aborda la situación de división de la Iglesia española, repasando las tensiones, divisiones y enfrentamientos en su interior, desde la llamada «crisis de Acción Católica» a la Asamblea Conjunta de 1971 y sus consecuencias, atendiendo asimismo a las relaciones entre la Iglesia y el Estado franquista. Por su parte, A. Botti se centra en uno de los sectores eclesiales en la disputa, el más reacio al alejamiento respecto de la dictadura y la democratización. Para ello trata de caracterizar este búnker católico, prestando especial atención a algunas de sus expresiones —como la revista *Iglesia-Mundo*— y poniendo de manifiesto la furibunda oposición manifestada frente a los sectores católicos progresistas y al *aggiornamento* de la Iglesia española (con su corolario de separación y alejamiento con respecto al régimen), primero, y a la apertura política impulsada por Suárez, después.

La atención a los aspectos tradicionalmente denominados «culturales» está representada por los apartados de M. Succio sobre la narrati-

va y de M. Cipolloni sobre la música. El primero analiza la evolución de la narrativa española desde los años sesenta, es decir, el paso del realismo social a la «vuelta a la narratividad», a la creación, una «transición paralela» —aunque adelantada a la política— que considera resultado del agotamiento de la novela social y de la apertura del país al mundo (en especial, por la recepción de la literatura hispanoamericana). Por su parte Cipolloni presenta una aproximación al tema de la «música ligera» en el tardofranquismo, un aspecto bastante olvidado por la historia, buscando la significación de fenómenos como la llegada de la música pop y rock o el surgimiento de la canción de autor.

El resultado global de la obra es una mirada amplia, que abarca buen número de temas relevantes a la hora de explicar la evolución de la vida política, la sociedad y la cultura españolas del tardofranquismo, presentando aportaciones y planteamientos de gran interés, si bien en algunos casos el resultado es un tanto irregular. En tanto que mirada global, se echan a faltar aquellos aspectos relacionados con la problemática modernización económico-social del país. Pero, en todo caso, *L'ultimo franchismo* supone una nueva y necesaria aproximación a un período de nuestra historia reciente que continúa poco estudiado, por lo que debe servir para abrir camino a una profundización en los temas propuestos.

Julián Sanz Hoya

RAFAEL QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ (coord.)

Historia de la Transición en España: los inicios del proceso democratizador

Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, 493 pp.
ISBN: 978-84-9742-713-5

Las diversas olas de democratizaciones habidas en las últimas décadas del pasado siglo han hecho del concepto de transición, con su expresión modélica y exportable en el caso español, un molde analítico en el que han quedado subsumidos diversos casos nacionales

con evidentes diferencias sociales, económicas, políticas e históricas. Dicho paradigma, conceptualizado por una teoría social a la que poco ha contribuido la reflexión historiográfica, se ha sustentando en acercamientos propios de las tesis de la modernización y de aquellas de estirpe decisionista que, aunque han desplegado una evidente funcionalidad desde el punto de vista de la legitimación política, muy a menudo han obviado importantes factores intervinientes en los procesos de recambio democrático de las estructuras autoritarias. Por tal motivo el valor principal de este trabajo es el de enfocar la transición española bajo una mirada crítica, cuestionando las mitificaciones al uso bajo un planteamiento en el que un cambio histórico de tales dimensiones es explicado a través de múltiples variables relacionadas con la sociedad, la economía, los medios de comunicación, etcétera. Una visión de la transición en la que también se presta atención a las fuentes literarias y cinematográficas, poco utilizadas por la historiografía especializada pero que ofrecen diversas claves explicativas para un mejor conocimiento del periodo.

Este libro recopila las intervenciones que tuvieron lugar en el II Congreso Internacional «Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador», dirigido por Rafael Quirosa, coordinador también del volumen, y organizado por el grupo de investigación de «Estudios del Tiempo Presente» y el Instituto de Estudios Almerienses a finales del año 2005. Como se deja notar en la programación de dicho congreso y en el índice de la obra, la fase de cambio democrático no es simplemente abordada aquí desde las acostumbradas coordenadas de la alta política desde arriba, sino que se añaden al análisis del mismo el estudio de una amplia gama de temáticas entre las que cabe destacar a las relaciones internacionales, una parcela que ha sido tradicionalmente postergada en los estudios sobre democratización en favor de análisis en clave exclusivamente doméstica.

De esta manera, el presente volumen, además de cuestionar su carácter ejemplar y preconcebido, pone de relieve que la transición a la democracia en España únicamente puede ser entendida en toda su complejidad a través de enfoques que integren aproximaciones multicausales en el estudio de tan incierto e improvisado episodio de nuestra historia reciente. Por esta razón, por encarnar un momento axial vivido por la mayoría de la población española actual y por tratarse de un periodo referente que influye decisivamente en las percepciones sociales de los problemas actuales, en este libro se asientan las bases conceptuales para comprender dicha «matriz» de nuestra historia coetánea bajo el utillaje teórico y metodológico de la historia del tiempo presente. Unas interesantes reflexiones sobre el caso español que además se ven enriquecidas y complementadas por aportaciones aplicadas a los ejemplos alemán y francés.

Aunque de estructuración quizás cuestionable, los diferentes capítulos de esta obra ponen de relieve cómo la acelerada evolución social, económica y política del país durante el final del franquismo y la transición desencadenó una recomposición en las percepciones, actitudes y estrategias desplegadas por diferentes actores sociales, desde los banqueros y empresarios a los movimientos sindicales, pasando por los jefes militares, las jerarquías eclesásticas o los colectivos apostados en el medio rural. También los efectos de las profundas transformaciones socioeconómicas se dejaron notar en el seno de una coalición de poder crecientemente enfrentada ante la incapacidad de institucionalización del Régimen. Ciertamente, aquellos cambios estructurales, potenciados por un turismo transmisor de nuevos valores y hábitos, facilitaron la aparición de manifestaciones culturales independientes y de una prensa más crítica que pronunciaron la falta de legitimidad democrática del régimen, convirtiéndose dicha carencia en un serio problema que dividió profundamente a la clase política oficial. Ésta, además contempló

con perplejidad la pérdida de sustentos sociales básicos con el desenganche escenificado por una parte mayoritaria de la jerarquía de la Iglesia. Desmembramiento y crisis interna del franquismo en buena medida también incitados y atizados por la presión desde abajo ejercida por diferentes movimientos sociales y ciudadanos, cuya represión dio al traste con los anhelos franquistas de integración europea, precisamente al tiempo que el europeísmo encarnó un valor fundamental en la cultura de la oposición democrática.

En cualquier caso, como aquí se demuestra, no hay que olvidar que si bien la conflictividad social y la agitación política contribuyeron decisivamente a desgastar las bases del franquismo y a crear las condiciones políticas en las que tuvo lugar la transición, dicho proceso fue canalizado a través del pacto político en el que el PSOE y la UCD jugaron un papel de primer orden. Su labor de construcción del nuevo sistema democrático se desarrolló bajo un contexto de declive económico, inflamable reconversión industrial y espinada, con conspiraciones involucionistas y provocaciones terroristas, transición militar que no acabó hasta la segunda legislatura socialista en 1989. Dentro del mencionado complejo juego de negociaciones y transacciones políticas que delinearon la transformación de las estructuras del Estado adquirió gran importancia el proceloso engranaje autonómico, como pone de relieve el balance de la construcción del Estado de las Autonomías entre 1976 y 2002, claramente plasmado en este libro en los casos valenciano y andaluz. De este modo, reflexiones teóricas, transformaciones socioeconómicas, procesos políticos, influencias internacionales y representaciones culturales se aúnan en este volumen para erigir un sólido, detallado y completo intento por profundizar, desde la historiografía pero en abierto y fructífero diálogo con otras ciencias sociales, en diversos aspectos, algunos de ellos hasta ahora poco tratados, de suma importancia para comprender el proceso de cambio a la democracia en España.

Óscar J. Martín García

PERE ANGUERA y MONTSERRAT DUCH PLANA

Los gobiernos de la Generalitat. De Macià a Maragall

Madrid, Síntesis, 2008, 334 pp.
ISBN: 978-84-97565-66-0

El libro de Anguera y Duch es un texto de utilidad para el historiador contemporaneísta, para el estudiante de Historia y para el público interesado en la Historia de Cataluña y España en general. En primer lugar por su novedad, al incluir el estudio de los gobiernos y las gestiones políticas de todos los gobiernos autonómicos catalanes del siglo XX, desde la etapa de la Generalitat provisional republicana hasta el actual ejecutivo presidido por José Montilla; incluyendo aquello que, bien sorprendentemente, era hasta ahora imposible de encontrar en un libro escrito en castellano (como tampoco, con tanta exhaustividad en ninguno catalán): el detallado análisis de la obra de gobierno de la Generalitat durante la II República y la Guerra Civil.

Conscientes probablemente de la utilidad de la obra y de la vigencia que en términos académicos que va a tener, los autores han entrado exhaustivamente en la explicación de los objetivos, gestación, obras de gobierno y procesos de crisis y sustitución de los diferentes gabinetes, acompañándolos siempre de un nivel analítico de calidad. Y, en momentos, sobremanera desmitificadores. Por otra parte, el hecho de que la perspectiva historiográfica deba ser forzosamente diferente en los capítulos referidos a la Generalitat republicana —de los que es autor Anguera— debido a la mayor distancia cronológica de los referidos a la Generalitat recobrada —debidos a Duch— no acaba acusando lo que *a priori* podría haber sido un inevitable *décalage*. Ello no puede ser más que resultado de un trabajo de reflexión conjunta que es de loar y que no siempre aparece en las obras firmadas por más de un autor.

Considero especialmente destacable, de los capítulos debidos a Anguera (1. Los precedentes, 2. Los gobiernos de Macià, 3. En la paz y en la guerra y 4. La Generalitat en el exilio), su explicación de las primeras reivindicaciones catala-

nistas, mucho más matizada de lo que suele ser habitual; el análisis del proceso de redacción y azarosa aprobación por las Cortes del Estatut de 1932; los referidos a los diferentes gobiernos de la etapa Macià; y, especialmente, los de la personalidad y gestión de los gobiernos de Companys; así como la útil puesta al día del análisis de aquello que significó la gestión de este último President durante la Guerra Civil. Un apartado especialmente valioso lo constituye la síntesis de la complicada etapa de la Generalitat en el exilio.

De los capítulos debidos a Duch (5. Jordi Pujol, 6. Las políticas públicas de *Convergència i Unió*, 7. Pasqual Maragall y 8. El Govern d'Entesa presidido por José Montilla) son especialmente útiles los análisis del ambiente y discurso político generado y desarrollado por el Pujol durante su larga etapa en el gobierno, muy bien trabados y complementados con los discursos, debilidades e incapacidades de la oposición. Incorpora en ellos de manera exhaustiva la bibliografía existente y realiza con frecuencia inserciones de textos y puntos de vista de los más agudos comentaristas políticos de la época, lo que supone no poco esfuerzo de documentación. Resulta especialmente útil el seguimiento que hace de las políticas sectoriales de la etapa convergente. Por último, no por reciente, pierde en calidad el análisis de la etapa de la presidencia de Maragall.

Tanto Anguera como Duch demuestran a lo largo de esta obra su alta solvencia profesional, demostrada por el primero en todos los campos —historia local y de Cataluña de los siglos XIX y XX, historia del nacionalismo catalán y de sus símbolos, y historia del carlismo— en que ha desarrollado su investigación hasta el momento actual; y por Duch en sus trabajos sobre la historia local y de Cataluña del siglo XX, biografía, y políticas de género y de construcción de la ciudadanía. A todas ellas viene dedicándose con brillantez. Para resumir, un excelente texto de Historia Contemporánea de Cataluña y de España, extremadamente útil y destinado a tener larga vigencia.

Joan Maria Thomàs